I

Jacobo soñaba con acariciar cada mañana el rostro suave de Ana. Era su primer pensamiento del día, el primer deseo que tenía nada más despertar desde aquella tarde en el parque, cuando la tormenta descargó una gruesa lluvia sobre su cabeza y tuvo que refugiarse en el [kiosco](http://buscon.rae.es/draeI/SrvltConsulta?TIPO_BUS=3&LEMA=cultura) de la música. Llegó corriendo, empapado, y allí estaba Ana, en el centro, marcando un área equidistante entre su cuerpo y la manta de agua que caía afuera. A Jacobo le pareció una ninfa que le ofrecía refugio en medio de aquella sonora tormenta otoñal. Era una mujer hermosa, con un traje de algodón blanco de tirantes que dejaban al aire unos hombros delicadamente arropados por una chaqueta de punto de color anaranjado, y un escote que insinuaba un pecho generoso y firme. Su rostro, arropado por una suave media melena de cabello oscuro, era de facciones ligeramente marcadas y a la vez delicadas. Y los ojos... Dos perlas verdes de mar. Se enamoró de ella al instante, sin pensarlo, como si un fogonazo de luz le hubiera cegado el pensamiento, y se quedó allí, quieto, sin saber si a partir de ese momento era el dueño de su mente o si acababa de traspasar su voluntad a aquella mujer que, en medio del recinto, le hacía señas para que se arrimara más hacia donde ella estaba, lugar en el que se encontraría más resguardado.

Según se acercaba como un autómata teledirigido por la voluntad de la mano que lo llamaba pudo sentir la fragancia que exhalaba el cuerpo de la mujer que acababa de cambiarle la vida. Al llegar a su altura se situó a su lado balbuceando apenas alguna tontería sobre el tiempo, y se hizo el silencio entre ambos. Fueron para él unos minutos angustiosos, y deseaba que aquella tormenta fuera el diluvio universal, con sus cuarenta días y sus cuarenta noches, para poder estar a su lado y retrasar el momento en el que tuvieran que despedirse, a partir del cual se convertiría en un paria buscándola por los rincones de la ciudad. Mientras tanto, la cortina de agua empezaba a crear grandes charcos en el parque, y con cada trueno parecía que el cielo se resquebrajaba. Aquello no tenía pinta de amainar, y Jacobo, superando su estado de ensimismamiento, se decidió a decir algo que a él le pareció gracioso:

—De seguir así, tendremos que hacer noche.

Ella lo miró y sonrió con una mueca que no dejaba adivinar si estaba pensando: «pero qué bobo es este tío», o: «no me importaría en absoluto». Jacobo disimulaba mientras observaba a un grupo de chavales que, desafiando el chaparrón, corrían empapados gritando animosamente.

—Son felices —dijo ella de repente, y Jacobo asintió con una emoción súbita que no tenía nada que ver con los chavales que jugaban a mojarse. Era éste un momento delicado, de esos en los que las palabras que se dicen y cómo se dicen pueden condicionar toda una vida. Su mente buscó, durante unos instantes, una frase correcta que diera pie a otras muchas con las que poder hilar una conversación.

—Cuando yo era un chiquillo, estas tormentas eran motivo de excitación entre los amigos. Nos lanzábamos como locos a correr debajo del agua, de un resguardo a otro, hasta que cesaba la tormenta. Entonces notábamos el frío de la ropa empapada en nuestra piel, y eso nos parecía la felicidad.

—¿Y por qué no jugamos a ser felices ahora? —dijo Ana mirándole a los ojos—. Y nos lanzamos bajo el agua como si fuéramos unos críos.

Jacobo no daba crédito. Era mucho más de lo que podía esperar de aquella situación, y no pensaba amilanarse ante el reto que ella le acababa de lanzar.

—¿Y por qué no? —dijo mientras la cogía de la mano y se sumergían en el aguacero.

—¡Estás loco! —gritó divertida.

El agua surtió sus efectos, y en pocos segundos todas sus ropas estaban empapadas. Cruzaron el parque y se detuvieron bajo la marquesina de un edificio. Reían, y un sentimiento de complicidad empezó a instalarse entre ellos. Los coches pasaban con los faros encendidos. Eran las seis de la tarde del mes de Octubre, y parecía que ya estaba anocheciendo. Se miraron a la cara y sonrieron.

—Debo estar hecha un adefesio, con estos pelos mojados y pegados a la cara —dijo ella con cierta coquetería.

—A mí me parece que sigues estando igual de hermosa que hace unos instantes.

Guardaron silencio mientras veían caer la lluvia que, lentamente, iba amainando. Jacobo sentía unas enormes ganas de abrazarla, pero se contuvo, aunque deseaba no tener que hacerlo por mucho tiempo.

—Estamos empapados, pero me gustaría poder invitarte a tomar una cerveza.

Ana lo miró con cara de «¡por fin!», pero pensaba hacerse de rogar. No quería parecer una presa fácil, como en otras ocasiones que tan mal resultado le habían dado. Intentó, en vano, ahuecarse el pelo con los dedos.

—Con estas pintas no puedo ir a ningún sitio. Casi mejor me voy a casa antes de coger un resfriado —dejó caer, esperando la reacción de Jacobo. Pero éste calló por un súbito miedo que le atenazó la garganta: ¿y si tenía pareja, que la estaba esperando al otro lado del parque? La duda se apoderó de él, y sintió un gran temor a hacer el ridículo ante una mujer que no conocía de nada. Fueron unos instantes que a ella le parecieron una eternidad, mientras empezaba a echarse en cara la estrechez de su comportamiento, porque, para ser sinceros, él merecía la pena. Era lo que se podría calificar como un hombre guapo, de mediana edad, situado en ese final de la juventud, cuando ya están bien pasados los treinta, que hace de algunos hombres, que no se dejan malograr, seres sumamente atractivos. Esperaba que se decidiese a volver a proponerle lo de la cerveza. Iba a despedirse cuando la voz de él sonó dócil, casi como una súplica.

—Podemos quedar más tarde. Conozco un sitio en el que sirven una cerveza y unas tapas estupendas —Jacobo había vencido sus temores y no estaba dispuesto a dejarla marchar así como así.

—Me llamo Ana —dijo. Fueron las únicas palabras que pronunció, precipitadas por culpa de los nervios que, de repente, se habían apoderado de ella.

—Yo soy Jacobo —contestó él con cierta sorna—. ¿Eso es un sí?

Ana sacó un cigarrillo, más que por fumar, por tener algo en las manos. Nunca le había pasado una cosa así, tan repentina y tan excitante. Era como estar concertando una cita a ciegas. ¡Estaba ligando! Lo que había empezado como una aburrida tarde de compras se estaba convirtiendo en una aventura. Estaba encantada con la propuesta, aunque simplemente dijo, por disimular, que le parecía bien

Jacobo aceptó el cigarro que le ofreció, y durante un rato estuvieron fumando mientras observaban y comentaban cómo la plaza iba retomando el pulso habitual de tráfico y gente de un viernes de otoño cualquiera. Al cabo de un rato bajaban por la calle Zaragoza charlando animadamente de asuntos triviales, de esos que se comentan en los primeros momentos de haber conocido a una persona del sexo opuesto. En la calle Colón la ciudad ya había recuperado su habitual trasiego de gente. Una vez concretada la hora y el lugar de la cita, se despidieron al llegar a la calle Mayor. Ella se fue en dirección a la Plaza de la Paz, y él hacia la Plaza de María Agustina. El sol empezaba a asomar tímidamente entre jirones de nubes desgarradas por la tormenta, y el olor a asfalto húmedo que subía por la calle terminó de sellar en sus corazones ese momento mágico que acababan de vivir.

Antes de subir a su casa, Jacobo se pasó por el despacho, que le pillaba en la misma finca, dos pisos más abajo. Tenía un bufete en la Avenida Capuchinos donde ejercía su profesión de abogado desde hacía varios años. Se había dedicado, sin grandes pretensiones, a pleitos menores: despidos, divorcios, discrepancias contractuales, herencias. Toda una variedad de casos que podrían calificarse como corrientes, pero que le permitían disfrutar de un buen nivel de vida y que, con el tiempo, le habían dado un cierto prestigio en la profesión.

Subió las escaleras a pie hasta el primer piso, exultante y feliz. «De qué manera más tonta he conseguido una cita con una mujer tan estupenda», se decía mientras los escalones se sucedían de dos en dos. Al llegar al despacho abrió la puerta. Estaba en silencio, ya que los viernes no recibía visitas y a su secretaria le daba la tarde libre. «El fin de semana siempre empieza el viernes después de mediodía», sostenía. Unos tímidos rayos de luz entraban por la ventana. Se sentó en el sillón de trabajo, tras una mesa presidida por un ordenador portátil flanqueado por pilares de expedientes. Miraba autocomplaciente los límites del despacho: la puerta corredera que daba al recibidor, el lugar de trabajo de su secretaria; las paredes llenas de cuadros que había ido comprando a pintores locales amigos, sin más pretensiones que la decoración filantrópica; las estanterías cargadas de libros jurídicos: el Aranzadi, la Constitución Española, el Código Civil en varias ediciones comentadas, con un estante especial en el que atesoraba libros antiguos, algún incunable y, especialmente, una edición del Quijote salida de la imprenta de Juan de la Cuesta, primer editor de la novela de Cervantes; una pequeña mesa de reuniones redonda, dos sillas de confidente frente a su mesa de trabajo, un sillón que solía utilizar para la lectura de novelas y un sofá para el relax en el silencio que se hacía después de cada jornada de trabajo. No le gustaba llevarse tareas pendientes a casa, por lo que pasaba muchas horas en el despacho y, poco a poco, lo había ido convirtiendo en un lugar agradable al que solo le faltaba una cama, pero no un frigorífico que Marisa, su secretaria, se encargaba de mantener abastecido de bebidas. Su casa estaba dos pisos más arriba, aunque sólo la utilizaba para dormir, asearse y poco más, ya que solía comer en un restaurante cercano.

Encendió el ordenador para revisar el correo electrónico, que no le deparó ninguna sorpresa. Entró en una Web de música clásica y, recostado en el sillón, se quedó dormido. Cuando despertó, sonaba el *Réquiem* del maestro Victoria,y la luz que entraba desde el exterior indicaba que la tarde, ya recuperada de la tormenta, se había convertido en noche. Miró con sobresalto el reloj: las nueve. Tenía una hora para vestirse y salir al encuentro de la cita con Ana. Subió precipitadamente las escaleras y, en el tiempo que sonaban las canciones del *Voyager* de Mike Oldfield, se afeito, se duchó, se cepilló los dientes, se perfumó, eligió unos pantalones de sport gris marengo, una camisa de cuello americano de rayas rosas y blancas, una chaqueta de felpa azul oscura y unos castellanos color burdeos, y se plantó en la calle con el tiempo justo para llegar a La Cruz Blanca, la cervecería donde habían quedado.

Ana bajó por la calle Campoamor como en una nube. Todavía no daba crédito a lo que le acababa de suceder, y mucho menos a su comportamiento. ¡Lanzarse como una loca bajo una catarata de agua, detrás de un hombre que acababa de conocer desde no hacía ni cinco minutos! Y lo más increíble: aceptar una cita con él esa misma noche. Estaba sofocada por el latiguillo de emoción que le subía desde el vientre al pensar en lo excitante que había sido ese momento con Jacobo, que además, y por qué no reconocerlo, era un hombre guapo y bien plantado. Pero una luz roja de aviso se empezaba a encender en su cerebro advirtiéndole de lo enamoradiza que era. Sin embargo, no le importaba. Nunca le había importado. Siempre se había enamorado de golpe y, cuando esto sucedía, era como un torrente imparable que no podía aplacar, a pesar de que su cerebro intentaba suscitar algo de raciocinio en su comportamiento. Pero esta vez quería ir despacio. Algo le decía que debía ir despacio, aunque tenía los nervios a flor de piel.

Para relajarse un rato y hacer tiempo, decidió pasarse por el museo antes de ir a su casa y comprobar que todo estaba en orden para la importante semana siguiente. Bajó por la avenida Hermanos Bou y enseguida se topó con el edificio del Museo de Bellas Artes, sumido, a esas horas de un viernes por la tarde, en el más absoluto silencio. Saludó al personal de recepción y salió al claustro, en el que, tras la tormenta, emanaba un suave olor a tierra mojada. Mientras lo rodeaba para dirigirse al despacho que la habían habilitado como comisaria de la exposición que se iba a inaugurar en breve, sintió unas ganas enormes de sentarse allí, de dejarse llevar por la serenidad que se respiraba en aquel lugar, un *hortus conclusus* sin cultivar en medio de la ciudad. Serían las siete de la tarde y, aunque había dejado de llover, el cielo todavía amenazaba, hacía el norte, con un color gris oscuro que indicaba que la tormenta se desplazaba hacía Benicasim y Oropesa. Pero si miraba hacía la parte sur del claustro, empezaban a dibujarse claros azules en un cielo que la tormenta había limpiado de polución y que se manifestaba con el lánguido cromatismo de las tardes de otoño. Le gustaba aquel espectáculo de la naturaleza que dirimía en las alturas una batalla entre la oscuridad y la luz, entre el bien y el mal. Todo permanecía en un silencio casi monástico que invitaba a la meditación relajada y espiritual. Los gritos de unos niños que entraban jugando al claustro con su padre le hicieron volver de sus ensoñaciones, y se vio allí plantada, bajo la curvatura de un arco, alejada del mundo. Solían gustarle los lugares solitarios y silenciosos en los que la meditación es un ejercicio casi obligado, lugares aptos para el olvido del ajetreo de la vida diaria. Por eso, desde que preparaba la exposición en el museo, aquel lugar se había convertido en uno de sus favoritos, y no era raro verla pasear, como si de una monja en horas de contemplación se tratara, bajo las arcadas del claustro, desconectando del estrés de su trabajo.

Cuando llegó al despacho revisó el correo electrónico y navegó un rato por páginas dedicadas al arte contemporáneo, museos y nuevas tendencias, mientras escuchaba a la irlandesa Mary McLaughlin, música mágica que le hizo sentir nostalgia de Jacobo bajo la tormenta, junto a ella. Cuando salió del museo ya eran las siete y media, se dirigió a su casa entre las calles de una ciudad que empezaba a transfigurarse en el inicio del fin de semana.

Ana vivía en un pequeño piso que daba a la Plaza de l’Espigol, que era para ella como un palacio de dimensiones reducidas, pero suficientes para una mujer sola que únicamente quería confort y poca tarea. Lo tenía decorada a su gusto, con cuadros que resumían muy bien la pintura española de los últimos cincuenta años. No vivía siempre en él, ya que su trabajo la mantenía alejada durante largas temporadas. Llegó, se desnudó —le encantaba estar desnuda en casa— y empezó a acicalarse para la cita con Jacobo, tarea que llevaba su tiempo ya que, a pesar de ser una mujer bella y de cuerpo bien cincelado, nunca estaba conforme consigo misma. Por eso, en el rato que le quedaba, habría de revolver el armario hasta encontrar la ropa que la satisficiera. Ya sabía que, como era habitual, llegaría tarde, algo que, estaba segura, Jacobo le perdonaría.

Cuando Ana llegó al bar, Jacobo llevaba un rato esperando. El cielo ya había sucumbido a la noche, con un color negro que dejaba distinguir las estrellas entre los restos de nubes que quedaban de la tormenta. Hacía una temperatura excelente para estar en la calle. La avenida se encontraba en pleno bullicio de gente que empezaba a disfrutar del fin de semana. Jacobo se levanto y besó a Ana en la mejilla. Ambos se sentaron y, durante un brevísimo instante, se contemplaron el uno al otro con un ligero movimiento de ojos. Fue un momento cargado de cierta tensión, en el que dos personas que prácticamente se desconocían físicamente trataban de acomodar a la realidad el retrato que habían forjado en su imaginario. Era un instante delicado que se podía convertir en frustración si lo que se veía no era lo que se pensaba, o en una inmensa emoción al comprobar que la otra persona era tal y como nos gustaría que fuera, que es, en definitiva, lo que hemos querido imaginar.

—Estas guapísima —dijo Jacobo, y Ana sintió que se derretía por haber acertado tras más de una hora de ponerse y quitarse ropa. Y porque, además, Jacobo lo había dicho con toda la sinceridad que podía. Ciertamente, le había salido del alma.

En ese momento se sintió deseada por un hombre que le había gustado desde el primer instante, y su nivel de vulnerabilidad ante los encantos de su sonrisa la dejaba sin defensa posible.

Jacobo estaba fascinado por tener ante sí a una mujer que le parecía bellísima. Su pelo recogido realzaba las facciones más bellas de su rostro. Vestía una camiseta oversizemorada de cuello redondo y manga larga, con un original estampado, y unos pantalones negros leggings ajustados a la pierna sobre los que calzaba unas botas de ante por encima de los tobillos. Llevaba sobre los hombros una cazadora gris.No cabía en sí de gozo. Estaba dispuesto a sucumbir a sus encantos.

Se sentaron y le ofreció un cigarrillo que ella aceptó cuando llegó el camarero y pidieron un par de cervezas y algunas tapas.

Mientras pasaban sus primeros instantes de vida juntos, en otro lugar de la ciudad alguien entraba por la puerta del hotel Mindoro y solicitaba una habitación reservada a nombre de Eliades Castro, un personaje elegantemente vestido con una troller de color azul oscuro que pidió que le sirvieran la cena en la habitación.

La noche avanzaba sin que se dieran cuenta y, aunque Ana y Jacobo mantenían una animada conversación, no dejaba de girar en torno a trivialidades que, poco a poco, fueron derritiendo el hielo del desconocimiento que tenían el uno del otro. Entonces, Jacobo propuso ir a cenar. Tenía el coche en el aparcamiento, y la proposición consistía en bajar a la Plaza del Mar del Grao. Ana estaba dispuesta esa noche a no negarse a nada que Jacobo le pidiera.

Al llegar al Grao la plaza estaba llena de gente que disfrutaba de una cálida noche otoñal mediterránea. El restaurante estaba lleno salvo una mesa, que les ofrecieron nada más entrar. Aunque no era un restaurante en el que se reservara mesa, Jacobo tenía ese privilegio gracias a un caso que había ganado hacía tiempo actuando de abogado del negocio. La mesa estaba en un lateral, junto a una cristalera, desde la que se podía ver el puerto deportivo con los mástiles de las embarcaciones de recreo balanceándose amablemente como paisaje de fondo. Allí se creó un ambiente de intimidad entre ellos que propició que se hicieran confidencias sobre sus vidas, mientras daban rendida cuenta a una suculenta parrillada de marisco, acompañada de vino blanco de Rueda, vida que, para Jacobo, transcurría fundamentalmente en su despacho de abogado. La de Ana era más complicada.

Había estudiado Historia del Arte y, desde que terminó la carrera y eligió dedicarse al arte contemporáneo como experta en organización de exposiciones, su vida transcurría de un lugar a otro, dependiendo de dónde la llamaran, ya fuera una universidad, una institución o un museo. Su buen hacer era reconocido por el mundillo artístico, y eso le proporcionaba trabajo regularmente. Era en los momentos de inactividad profesional cuando volvía a Castellón a descansar y a profundizar en los conocimientos de una profesión que la apasionaba.

—Entonces, ¿ahora estás en uno de esos momentos de relajación y estudio? —preguntó Jacobo.

—No exactamente. Estoy preparando una exposición que, en una semana, se va a inaugurar en el Museo de Bellas Artes.

Jacobo puso cara de curiosidad.

—Se trata de una exposición propiedad de una Fundación cultural gallega sobre el informalismo español y los años posteriores. Digamos que desde los años cincuenta hasta, más o menos, la actualidad —aclaró Ana ante la mirada de ignorancia de Jacobo.

Cuando acabaron la cena y pidieron unos chupitos de vodka helado, el tiempo había pasado sin que se dieran cuenta. El paisaje seguía siendo el mismo: los barcos, el puerto, las terrazas llenas de gente, la plaza como un hervidero de paseantes formado por familias, parejas y grupos de jóvenes, y no tan jóvenes, que se prometían una loca noche de viernes. Pero ellos empezaban a experimentar un sentimiento de cercanía, de estar con la persona adecuada, que les tenía sumidos en una especie de tonta pero consciente felicidad. Esa noche, que prometía ser larga, no debería terminarse nunca.

A Ana le gustaba salir poco por las noches, y cuando lo hacía nunca regresaba tarde a casa. Pensaba que la noche estaba hecha para descansar o desconectar del mundo y relajarse. Y para ello no había nada mejor que su casa, el único lugar auténticamente personal donde podía encerrarse como en un claustro aislado del exterior. Por eso, cuando salía después de cenar, lo máximo que se permitía era una copa, y enseguida se refugiaba en su intimidad. Pero aquella noche estaba dispuesta a transgredir todas sus normas y dejarse llevar por Jacobo, al que se le notaba como pez en el agua. Y, efectivamente, así era. Jacobo era un trasnochador de fin de semana. El resto de los días no se podía permitir el lujo de estar adormilado en la sala de juicios, o que se le escapara un detalle legal en la preparación de algún caso. Pero el fin de semana era otra cosa, lo vivía intensamente hasta el domingo por la tarde, momento en el que se encerraba en su mundo a descansar. Era un solterón bon vivant que encontraba uno de sus mayores placeres alrededor de una buena mesa, entre amigos, o acompañado en una situación más íntima. Amaba los coches, la buena ropa y viajar a lugares con hoteles, ocio y restaurantes. Era, esencialmente, un turista urbano. Ambos compartían la afición por la lectura. Él era más amante de la música y del cine, y ella era adicta a los ambientes artísticos. Los dos detestaban la televisión y, entre sus aficiones, estaba el ejercicio en el gimnasio, lo que les permitía tener un cuerpo bien modelado.

Fueron descubriendo todos esos pormenores a lo largo de la noche, en una especie de juego que consistía en averiguar cómo era el otro por medio de adivinar sus gustos y aficiones. La noche daba para todo eso entre copas en las terrazas y pubs que había en la Plaza del Mar. Así fue pasando el tiempo hasta que Jacobo le propuso ir a un local en el que se llevaría una sorpresa. Dejaron el bullicio del Puerto, y al poco rato se encaminaban hacia la ciudad en el Volvo descapotable de Jacobo, sintiendo cómo se colaba el viento fresco de la noche entre sus sentidos, un poco adormecidos por el alcohol. Ana se acurrucó en el asiento y se dejó llevar por ese momento de felicidad inesperada. Se hizo entre ellos un silencio cómplice bajo un cielo punteado de estrellas inusitadamente brillantes.

El local se llamaba Mata Hari y Jacobo fue recibido con un griterío de saludos. Él se abría paso entre el grupo de parroquianos como «Pedro por su casa», intentando presentar a Ana a los más curiosos, hasta que llegaron al final de la barra donde un pinchadiscos ponía música. Eran las tres de la mañana cuando Jacobo, gin-tonics en mano, le pidió que le esperara ahí, a no ser que prefiriera morir devorada por la marabunta que empezaba a entrar en el local. De repente sonaron los arpegios de una guitarra eléctrica y un rugido surgió de la pista que ya se dejaba llevar por una verdadera caña rocanrolera al grito de «¡Jacobo, Jacobo, Jacobo!», entregados a frenéticos saltos. Sonaba *The Only One*, de Transvisión Vamp, según alguien la gritó a Ana al oído, que estaba estupefacta, sobre todo cuando giró la cabeza y vio a Jacobo con unos cascos puestos bailando y haciendo de pincha. Durante aproximadamente media hora, aquella gente estuvo entregada absolutamente a él y a su música. Incluso ella también se contagió y acabó bailando, absolutamente atrapada por el ambiente. Un delirio más relajado llegó cuando sonó *Back in the URSS*, de The Beatles. Era obvio que toda aquella gente, que había entrado en tropel a última hora, venía a escuchar la música que pinchaba Jacobo. Al final, aplacados los ánimos por el cansancio de media hora intensa de baile, Jacobo se despidió con *Just the way you are*, de Billy Joel.

—Ya conoces uno de mis secretos más íntimos —le dijo a Ana rodeando con el brazo su cintura.

—¡Ah! ¿Pero es que hay más? —dijo ella tratando de disimular que en ese momento se estaba disolviendo como un azucarillo entre sus brazos.

—En realidad, empecé por hacerle un favor a un amigo que pinchaba discos aquí. Durante una temporada tuvo que salir antes para poder cubrir otro compromiso profesional. El asunto es que llegué, puse canciones que a mí me gustan, la mayoría pasadas de moda, y fue la bomba. Media hora antes de cerrar, esto empezó a llenarse de gente un fin de semana tras otro, y aquí vengo todos los viernes desde hace dos años.

—¿Y tú amigo?

—Mi amigo está encantado, porque irse antes le ha permitido conservar el otro local.

Salieron a la calle y, mientras Jacobo encendía unos cigarrillos, Ana sintió un impulso irrefrenable y comenzó a besarle. Fue un beso largo y genuino. Jacobo, que al principio se quedó sorprendido, sintió que el cielo se abría sobre su cabeza y que volaba por encima de las nubes hasta alcanzar la gloria celestial.

—Lo siento, no he podido reprimirme —dijo Ana un tanto avergonzada.

La estrechó por la cintura, y ella sintió que se disipaban sus temores de haberse equivocado. Ese abrazo la hacía sentirse como en casa, refugiada del mundo exterior. Fue un momento en el que deseó que se detuviera el tiempo para así, congelada la imagen, entregarse a la eterna felicidad.

No hablaron, no se dijeron nada. Bajaron por la calle desierta en dirección al coche con una sensación de ingravidez en sus cuerpos, como si estuvieran flotando en una nube celestial.

La luz de una soleada mañana de Octubre se colaba impetuosa por los agujeros de la persiana estrellándose contra la cama, que ahora parecía estar cubierta por un gran manto de lunares blancos y oscuros. Había en la habitación un silencio tranquilo, como el del interior de las iglesias románicas. Jacobo abrió los ojos, se quedó mirando fijamente y luego fue recorriendo con la vista todos los rincones. Le resultaba reconocible cada uno de los objetos que había en el cuarto. Miró el reloj, que marcaba las doce. Sin moverse, empezó a repasar los detalles de la noche anterior. No podía quitarse de la cabeza a Ana. «¿Es posible —se decía— que, en una noche, un tío como yo se pueda enamorar de una mujer?». Pensaba en Ana, en su firme fragilidad de movimientos, en su sonrisa, en su manera de hablar, en su cuerpo, y en que le había besado como si lo hiciera una diosa. Miró a su lado y sintió una punzada en la garganta al ver el espacio vacío. Un relámpago de incertidumbre le recorrió el pensamiento. ¿Y si no había actuado bien? ¿Y si ella había interpretado como un desplante el no haber terminado la noche juntos? Estaba confuso, pero no arrepentido. No le propuso acabar en su casa porque no quería agotar todo su deseo de ella la primera vez que estaban juntos. Quería que ese vino fuese de trago lento y espaciado. Ana le había conquistado, y no tenía ganas de tirarlo todo por la borda por ir con prisas. Tiempo habría para... Pero en ese momento, en ese preciso instante, ¡cómo la echaba de menos! Cómo le gustaría abrazarla y sentir la calidez de ese cuerpo ya explorado por vez primera.

Se tiró literalmente de la cama tratando de espantar los malos pensamientos, subió la persiana y un torrente de luz casi le cegó y penetró en la habitación iluminando cada rincón. Tenía la cabeza embotada de tanto beber y fumar. Quizás una ducha de agua fría y un zumo de tomate le despejarían. Era lo que pensaba hacer antes de bajar al despacho.

A esa hora del mediodía Ana ya llevaba en el museo más de dos horas. Se había levantado pronto. Casi no había pegado ojo, desvelada por un cúmulo de pensamientos y sensaciones que iba digiriendo con lentitud. Las copas, el tabaco, la noche fantástica con Jacobo, el descubrimiento de un creciente sentimiento de amor hacia él y, sobre todo, el final incierto, con una despedida cargada de tensión y deseo por querer y no querer acabarla a su lado. A pesar de que quizás habían hecho lo más sensato, a ella le hubiera gustado despertarse abrazando su cuerpo. Pero cuando Jacobo, que no era un hombre remilgado, le dijo que prefería no dormir con ella esa noche para no romper la magia que se había creado entre ellos, se sintió, al principio, decepcionada, pero enseguida comprendió cuál era el verdadero sentido de sus palabras. Se quedó mucho más tranquila cuando le propuso comer juntos, lo que ella aceptó sin ninguna resistencia.

El museo estaba tranquilo, excesivamente desierto. Interpretó que era normal, teniendo en cuenta que se trataba de un sábado por la mañana en un museo provincial, que no suelen tener demasiada afluencia de público, máxime si no hay ninguna exposición. Volvió a su despacho después de hacer algunas comprobaciones en la sala donde instalarían la exposición la semana siguiente, sobre todo que los paneles estuvieran perfectamente colocados, a la distancia adecuada, bien anclados al suelo, y llamó a Tello.

Tello era el responsable del traslado de la obra de la Fundación desde A Coruña hasta Castellón. Un viaje que se haría en dos etapas, con pernoctación de dos noches en Madrid, donde se comprobaría el estado y el número de embalajes de los cuadros. Le informó de que todo iba bien, de que ya estaban a la altura de Medina del Campo y que, alrededor de las dos y media, llegarían a Madrid. Ana le pidió que la avisara en cuanto llegaran a la nave de seguridad.

Tenía tiempo hasta la hora de comer, y pensó en llamar a Jacobo, pero se abstuvo por si acaso estaba durmiendo todavía. Decidió pasear por el museo y ver la obra que tenía expuesta. El edificio le pareció fantástico, construido con mucha profesionalidad mediante varios volúmenes cúbicos superpuestos que le daban altura y se abrían en dos patios: uno grande, exterior, que cumplía la función de zaguán, y otro interior, que respetaba un claustro alrededor del cual estaban las zonas de paso a las oficinas, sala de exposiciones, biblioteca y otras dependencias que daban un sentido horizontal a esa parte del edificio. Jugaba muy bien con los conceptos vertical y horizontal, integrándose con corrección en el paisaje urbano en el que se ubicaba. Se alzaba en un espacio exento de otros edificios sin que pareciera aislado mediante la apertura de una calle peatonal de suelo empedrado entre el museo y el edificio de las antiguas escuelas Sierra de Espadá. El resto de las fachadas se abría a las calles que lo rodeaban, salvo por la calle trasera, que se cerraba con un muro únicamente horadado por un portón de madera noble que daba a la zona de descarga.

En el sótano se exhibía, además de una sala de usos múltiples, una interesante muestra de la cultura íbera. Pero ella prefirió empezar por la última planta en un recorrido descendente, sobre todo porque, desde esa altura, la disposición de los módulos que formaban la estructura del edificio principal estaba seccionada por una brecha interna, que abría un hueco en diagonal desde la última planta hasta el sótano a modo de sima oblicua, permitiendo ver desde arriba todas las plantas del edificio, dándole una luminosa profundidad. Realmente lo que más le fascinaba del museo era el edificio que lo albergaba, sobre todo en su arquitectura interior, perfectamente pensada como contenedor de obras de arte. El resto no dejaba de ser una exposición más o menos acertada de artistas locales, con alguna excepción, como la de un *San Jerónimo* de José Ribera, fechado en 1645, o una serie de santos que pintó en la segunda mitad del siglo XVII, entre los muchos que facturó por encargo. Había también un estudio de Sorolla de 1895 titulado *Tornada de pesca*. Le llamaron la atención algunos cuadros de artistas locales, como *Segadores castellonenses*, una obra de clara influencia de Sorolla pintada por Vicente Castell Domenech; *Els amics*, realizada en 1958 por Pérez Dolz; las impresionistas *París* y *Paisaje* de Rafael María Forns; o el expresionismo paisajístico de Joan Baptista Porcar Ripolles.

Ana se paseó sin prisas por las salas de un museo vacío. Solo se cruzó en varias ocasiones con un hombre de mediana edad que, cuando ella aparecía, fingía un excesivo interés por el cuadro que tenía en frente. Pero no le dio más importancia, aunque le producía cierto respeto pasear por un museo con las salas vacías, solamente en compañía de los personajes que han quedado plasmados en el lienzo para la eternidad, muchos de ellos retratos que te miran con cierta resignación, con ojos de insinuante súplica para que les liberes de su cautiverio eterno entre los límites de un marco. Todo eso le imponía cierta desazón y, por tanto, predisponí su mente para fantasear con situaciones novelescas.

Cuando terminó la visita tuvo la impresión de haber hecho un recorrido en un tiempo varado, salvo excepciones, en la primera mitad del siglo XX, a través de una exposición de carácter muy costumbrista y religioso. Le llamó la atención que, para ser un museo provincial, la obra de los artistas locales posterior a los años cincuenta no tuviera representación. Que todo el arte no figurativo, informalista y abstracto de la segunda mitad del siglo XX brillara por su ausencia, salvo la excepción de las obras en cerámica de Manuel Safont, *Reixat* de 1975 y *Blanc i Negre*, de 1980, y que, sin embargo, dedicara casi dos plantas a la exposición de obras de cerámica fundamentalmente antiguas. Sintió que los responsables del museo daban deliberadamente la espalda al arte actual, lo que le irritó, en cierta manera, al pensar que un edificio museístico de tan magnífica factura se convertía así en instrumento de una idea del arte moralista y conservadora que excluía a todos aquellos que no comulgaban con ese concepto artístico. «¿Dónde están las vanguardias de la primera mitad del siglo XX? ¿Significaba que en Castellón no había habido artistas adscritos a esos movimientos? ¿Dónde estaban los informalistas y todas las corrientes artísticas posteriores?», pensaba conforme su irritación iba en aumento. Lo que había empezado como una agradable visita museística acababa con indignación por la manipulación del arte a manos de los políticos. Al llegar al hall de entrada ya no tenía humor para visitar la planta subterránea. Volvió a cruzarse con el hombre misterioso y casi ni se fijó en él.

En ese momento, cuando ya se dirigía a su despacho, un mensaje hizo sonar el teléfono: «Soy todo tuyo». Ana tardó menos de un segundo en olvidar sus malos humos y sonrió secretamente, triunfante. Miró la hora y abandonó el museo camino de la calle de Las Tascas, donde habían quedado para tomar el aperitivo.

Dos ribeiros y un plato de tellinas entonaron enseguida la conversación.

La comida en Carceller fue intensa por la necesidad de conocerse mutuamente, de saber quién era la persona que, desde hacía un día y medio, ocupaba un importante espacio en sus pensamientos. Dejaron caer sobre el mantel muchas preguntas personales e íntimas, y contestaron a todas ellas con sinceridad. Ana fue descubriendo en Jacobo a un hombre interesante, muy entregado a su profesión, pero también dispuesto a vivir la vida. Según hablaba, se mostraba capaz de beber hasta la última gota de lo que le parecía sugerente. Era una persona activa, amante del jaleo, pero necesitada de los momentos de relajación y soledad que le proporcionaba el mundo personal que había construido en su despacho. En definitiva, Jacobo le parecía un hombre sumamente atractivo y seductor por el que estaba dispuesta a pelear para consolidar una relación duradera. Además, cada vez le parecía más guapo.

Jacobo veía en Ana a una mujer hecha a sí misma, peleona, capaz de subir al Everest si en su cima se encontraba lo que estaba buscando. Después de salir del cascarón de su casa, y de la burbuja fascinante de la vida universitaria, se había tenido que hacer un hueco en una profesión saturada de hombres donde las mujeres tenían que abrirse paso a base de mucho tesón, trabajo y profesionalidad. Su vida a salto de mata le proporcionaba también el sentimiento de no pertenecer a ningún lugar, de ser ciudadana del mundo. Trataba de compensar esa vida nómada y agitada con el placer de las cosas sencillas, refugiándose en un mundo interior de delicadeza y reflexión. Tenía carácter, y posiblemente no podría realizar su trabajo si no fuera así. Ana era el Jin y el Jan: delicada y fuerte a la vez sin que, aparentemente, esto le creara contradicción alguna. Jacobo fue adquiriendo conciencia de las grandes diferencias que había entre ellos. Sin embargo, eso podía ser, precisamente, lo que hacía atractiva la idea de tener una relación. Sabía que la amaba desde el mismo momento en que la vio en el kiosco de música del parque, y por eso no tenía ninguna duda sobre lo que pensaba hacer.

La conversación fue fluida, amena, íntima y, a veces, excitante. Tanto que, cuando se dieron cuenta, ya no quedaba nadie en el restaurante. Jacobo cogió suavemente la mano de Ana, y ella sintió cómo se le deshacía el cuerpo entre sus dedos.

Aquella noche, en el apartamento que Jacobo tenía en la playa, sus cuerpos se fundieron en un abrazo ardiente entre jadeos de placer, deseos consumados y exploraciones de un territorio hasta ahora virgen para sus manos. Se reconocieron mutuamente en su amor hasta que el sol empezó a despuntar por la línea del horizonte sobre un mar todavía soñoliento. Solo se durmieron cuando la brisa fresca de la mañana entró por la ventana, acompañada de las irisaciones anaranjadas del amanecer. El día era largo para dormir el mismo sueño.